UNA EXPERIENCIA CONCLUIDA

El Entierro de los Curas Obreros

EN cierta ocasión se examinó en "MARCHA" la experiencia francesa de los "curas-obreros" (1). Desde 1953, y a un lustro de su iniciación en 1948, esa experiencia parecía, en su plena acepción, terminada. Los sacerdotes de la "misión obrera" con unas pocas horas de contacto con el medio proletario, habían sustituido la acción intensa de aquellos padres que vivieron íntegramente entre los obreros, que hicieron la misma vida que cualquiera de ellos. La cuestión toda (y la etapa que hoy se cierra y que era de inequívoco compromiso), suscitó, como también aquí se recordaba, polémicas enconadas y resquemores sin fin. Los antagonismos sociales y nacionales se conjugaron en una pugna que enfrentó a buena parte del catolicismo francés con la autoridad de Roma. Francois Mauriac denunció la conspiración de las CONGREGACIONES ITALIANAS contra el ALA AVANZADA del cristianismo galo. Se señaló, en todos los tonos, la labor solapada de un grupo conservador de cardenales italianos, incondicionales de Monseñor Spellman contra una iniciativa que podía llevar a la Iglesia fuera de su alineación "occidental"; que podía renovar, desde la "praxis" más fecunda su ya algo vetusta posición económico-social. Se habló (por fin) de la enfermedad de Pío XII, de su debilidad ante las presiones de mal orientados asesores, del trabajo de zapa que acechaba al grupo de prelados progresivos (Siri, Montini, Lercaro, entre otros); se tuvo la esperanza de que un nuevo Pontificado permitiera replantear la cuestión.

Recién revelado en estos días (apareció como primicia en París el 16 del corriente) pero fue emitido en Julio, el Vaticano, o más concretamente la Congregación del Santo Oficio, con el Cardenal Pizzardo como firmante, remitió al Cardenal Feltin, Arzobispo de París un documento decisivo. Es el resultado de dos extensas reuniones de aquella congregación, cuenta con la aprobación expresa del Papa Juan XXIII, clausura definitivamente la experiencia de los "curas obreros".

EL mensaje es relativamente extenso pero presenta el claro orden habitual de los textos vaticanos.

Parte de una aceptación: la necesidad de re-evangelizar a las masas obreras: **La Santa Sede comparte la convicción de los Obispos de Francia respecto a la necesidad de un apostolado, intenso y eficaz, en los medios obreros, con el fin de reconducirlos a la fe y a la práctica de la vida cristiana, de las que se han infortunadamente alejado.**

Sigue con una nota de conformidad: **Desde luego, es muy difícil considerar *como totalmente descristianizadas* a masas de hombres en las cuales, un gran número de ellos ha recibido el carácter sagrado e indeleble del bautismo.**

Afirma, y es su más extenso considerando, la incompatibilidad entre la vida del sacerdocio y la condición obrera; sostiene la validez de la "concepción tradicional" de las funciones eclesiásticas contra cualquier adaptación que las modifique sustancialmente: **La Santa sede estima que, para evangelizar a los medios obreros no es indispensable enviar sacerdotes como obreros a los ambientes de trabajo, y que no es posible sacrificar la concepción tradicional del sacerdocio a este fin, al cual, sin embargo, la Iglesia considera una de sus *misiones más queridas. En efecto:* es esencialmente para ejercer las funciones sagradas que un sacerdote es ordenado: ofrecer a Dios el santo sacrificio de la misa y la pública plegaria de la Iglesia, distribuir a los fieles los sacramentos y la palabra de Dios.**

Propone entonces, y es su porción dispositiva sustancial, el reemplazo de los sacerdotes obreros por miembros laicos, estrechamente asociados a la Iglesia para que puedan actuar, ellos sí plenamente, en la vida de la fábrica, en los equipos navales o en otras similares *tareas:* **La Santa Sede pide, a los obispos de Francia, contemplar si no ha llegado el momento (...) de la creación de uno o varios institutos seculares compuestos de miembros sacerdotes y miembros laicos. Estos últimos podrán trabajar en las usinas sin otros límites de tiempo que aquellos que exigen su vida espiritual y su salud: miembros de una institución de la Iglesia portarán con ellos un testimonio particularmente calificado.** No se arrincona totalmente *al sacerdote:* ***En esta nueva forma*** **de Misión obrera, los sacerdotes tendrán un papel importante y eficaz. A sus compañeros laicos les darán una instrucción religiosa y una formación espiritual profunda y adaptadas a su estado de vida y a su condición obrera.** *Confía en la sumisión de los implicados* con una de esas fórmulas, amables y duras al mismo tiempo, de las que el estilo vaticano parece poseer el secreto: **"La Santa Sede sabe que impone a los "curas obreros" un real sacrificio solicitándoles que renuncien a su actividad laboral. Pero él sabe también que puede contar con su "filial sumisión" a decisiones que han sido tomadas en su interés y en el de su apostolado entre los obreros. Que ellos tengan confianza en la *"fecundidad de su obediencia"* para su vida sacerdotal y para su ministerio y que sepan que el Santo Padre los envuelve en una solicitud muy benévola.** Otorga, sin embargo, un plazo prudencial para cumplir los cambios: **Está sobreentendido que la sustitución de los *"curas obreros"* por nuevas instituciones deberá "cumplirse gradualmente, con toda la prudencia necesaria, a fin de evitar todo cambio improvisado y generalizado, o peligrosas perturbaciones en el apostolado entre los obreros.**

— II —

Si alguna característica tenía la solución de los Padres obreros era la audacia, la inventiva, la originalidad. Que para el espíritu cristiano menos prevencioso no careciera de peligros era evidente: podía el sacerdote perderse como tal; podía el mundo obrero al que se enviaba un misionero, remodelarlo a sus vigorosas (y hasta para muchos Padres: deliciosas) presiones; podía, transformándolo, enviarlo de rebote dentro de la Iglesia misma. Se sabe de algunos curas que se hicieron comunistas; se sabe que absolutamente todos, una vez inscritos de pleno en la lucha obrera, debieron recurrir a otros argumentos que a las concepciones moralizadoras de las famosas Encíclicas sociales de 1891 y 1931. Pero si tremendo es el mundo moderno como un todo para la conciencia religiosa, si opaco, trágico o irredimible puede parecerle, el desafío que implica (y aquí viene de nuevo la tan transitada antítesis de Toynbee) *exigía una respuesta de la misma* intensidad, un abordaje de la misma altura. Que los "curas obreros" no fueran la única terapéutica no es discutible Que hayan tenido, por lo menos, la arrolladora extremosidad que exigen las situaciones extremas tampoco lo es.

Como *si se intuyera que el salto que* el sacerdocio obrero significaba había de ser seguido por otros, el Vaticano vuelve a enarbolar contra aquella audacia su persistente "prudencia"; contra aquella inventiva su gusto por lo probado; contra aquella nitidez, su inclinación por las medias tintas, por las prohibiciones envueltas en esperanzas, en remilgados elogios.

Si se lee, con todo, el documento que firma el Cardenal Pizzardo es posible *advertir en él líneas más profundas.* La línea del **no tanto** es una y su ilustración intergiversable es la citada afirmación de que no está tan descristianizada la clase obrera, ya que buena parte de ella ha recibido el bautismo. Algún comentador francés subraya que esta *actitud que puede ser lógica ante* el proletariado italiano es peligrosamente miope y panglosiana ante el francés; pudiera agregarse: dolorosamente ilusa respecto al de los otros países. Debe suponerse que si Roma sigue actuando como quien enfrenta un **proceso** de descristianización *se equivoca totalmente* y traspapela la historia en un siglo: buena parte del mundo moderno occidental es tan ajeno a un cristianismo cabal como al budismo o a la fe de Mahoma.

Con todo, este tenor del documento no es tan grave como el hecho de que sea seguramente el primer texto que emana de Roma en el que frente al celo apostólico de un sector cristiano la Santa Sede diga (no es posible entenderlo de otro modo) que ese celo es excesivo, que esa situación no es tan desesperada.

Ningún cristiano puede dudar de la afirmación sobre la trascendencia sobrenatural del Bautismo y ningún observador de nuestra época desconoce todos los poderosos ingredientes cristianos, naturalizados y secularizados, que flotan en su ambiente y operan, por ejemplo, entre sus ideologías laicas más difundidas, el liberalismo y el marxismo especialmente. Se creía, con todo, que el Pontificado no se limitaría nunca a ser un capitalizador de reminiscencias, un satisfecho señalero de huellas.

Una entrelínea que tal vez pueda ser más dolorosa para un cristiano despierto es la actitud que traduce frente a la totalidad de la vida obrera.

Una de las experiencias más ricas, más perturbadoras, que los sacerdotes que fueron a las fábricas hicieron fue una fecunda noción del trabajo y de la dignidad de lo material (de la ***santidad de la materia*** *habló alguno)* capaz de renovar creadoramente la vida personal, capaz de darle a la propia intimidad del espíritu una más sólida encarnación entre las cosas y una más activa **operancia** a la Verdad en el mundo. Y, por si esto fuera poco, una de *las convicciones más radicales* que los curas obreros ganaron fue la de que inscrito el hombre en un universo de luchas y de conflictos (de clase, entre otros) no hay trascendencia posible si no a través de la lucha y no importa inscripción en la lucha la oferta de soluciones a base de palabritas conciliatorias y unción moral.

Pero los "curas obreros" vivieron todavía algo más profundo. Hundidos en la rutina de las fábricas, urgidos en la *actividad de su sindicato, sintieron* que, allí sí, actuaban en la zona que cabe llamar **superlativa** del mundo actual, que allí sí, sin disfraces y sin atenuaciones de ninguna especie, testimoniaban su fe en el centro más intenso, más decisivo de la vida contemporánea. Que *allí sí, se hallaban en un sitio desde* el que no había que **penetrar en** ningún otro; que allí sí, definitivamente, terminantemente, **estaban.** A toda esta experiencia contesta Roma: **Por otra parte, el trabajo en la fábrica o mismo en empresas menos importantes expone poco a poco al sacerdote a *sufrir* la influencia del medio. El sacerdote obrero no se encuentra solamente sumergido en un ambiente materializado, nefasto para su vida espiritual y a menudo mismo peligroso para su castidad; puede ser también llevado, a pesar suyo, a pensar como sus camaradas de trabajo en el dominio sindical y social y a tomar parte en sus reivindicaciones, temible mecanismo que le lleva rápidamente a participar en la lucha de clases. Y esto es inadmisible para un sacerdote.**

Sobre este párrafo, que podría llevar la palma del desacierto entre todos los documentos salidos de Roma de medio siglo acá, debería escribirse un artículo entero. Porque ¿qué señala? Señala, *primero, que la influencia del medio* obrero es específicamente mala para el sacerdote pero también, si más se rastrea, que este no debería sufrir **influencias** de género alguno. Señala, en segundo término, que este ambiente es materializado, impuro, nefasto para su *vida espiritual.* Señala, *en tercero,* que el cura no puede compartir las reivindicaciones de los trabajadores ni solidarizarse con su modo de pensar ya que las dos actitudes conducen al temible campo de las luchas de clases.

Si se recuerda que la vida del eclesiástico ha sido preparada —salvo en el caso de los contemplativos— para sufrir la influencia del mundo; si se recuerda que breviario, y oraciones, y vida sacramental, y Gracia, y buenas *obras y disciplina están alineadas para* neutralizar esa influencia, esa usura del **siglo,** no se entiende bien aquí porqué la muy específica del medio obrero es señalada como especialmente nociva. Desde el Evangelio hasta nuestros días la Iglesia ha producido toneladas de *testimonios en los que* se señala la cerrazón moral, el egoísmo, la insensibilidad, la codicia, la necia frivolidad de muchos pudientes; no se sabe, sin embargo, que en idénticos o similares tonos al de este documento, haya sido advertido de los peligros de materialismo e impureza que allí le acechan, ese enorme sector del clero que se mueve entre los ricos, ese enorme sector que busca allí el ambiente más fácil y la retribución material o espiritual más confortable.

Nunca dejó la Iglesia de reconocer, por otra parte, que entre los pobres y los infortunados, por más materializados que la vida les hubiera hecho, Cristo estaba más presente que entre los fuertes, los satisfechos, los bien alimentados. *No se necesita una idealización* bobalicona del obrero, un proleterismo sentimental, para que esto sea convicción obligatoria del cristiano.

Nunca, por fin, la Iglesia, desde León **XIII al menos,** dejó de proclamar, **aún** por mano de sus prelados o teóricos más conservadores, que hay una sustancial *justicia en las reivindicaciones* obreras y nunca sugirió cerrarse a ellas porque pudieran conducir a esa "lucha de clases" de la que hablan los de abajo, niegan los de arriba y todos *practican.*

Tanto es, así, lo que niega este denso párrafo del documento de Monseñor Pizzardo, que parecería que medio siglo de evolución religiosa (mejor: de más aguda toma de conciencia de la responsabilidad del cristiano) es lo que *se pretende que fuera archivado* y nulificado en él.

Esta parte del documento es sin duda la más decisiva y para muchos (como el que esto escribe) la más trágica. Muestra bien hasta qué extremos se quiere clausurar la experiencia; hasta dónde la Iglesia se retira, sin aparente necesidad, a posiciones de estricta pacatez defensiva.

Lo que hizo el éxito y la irradiación de los "curas-obreros", es *justamente lo que eran: sacerdotes;* era la facilidad con que los hombres que los rodeaban podían imaginar la diferencia entre la vida que habían elegido y la que podrían llevar en caso de no elegirla; era cierto misterioso prestigio de investidura, que tantos sólo a *medias inteligían* pero que a todos golpeaba con la fuerza de lo lejano y lo inusitado. Que de todas las milicias corporativas del mundo actual la del sacerdote (por su uniformidad exterior, por *la variedad de su conscripción)* sea la más despojada de los atributos de una clase social determinada, importaba un suplemento de confianza y una causa más de aceptación.

No es difícil pensar que, *en cambio,* el laico-obrero será poco otra cosa más *que un emboscado de conversiones,* un ser privado de aquel prestigio **sui generis** que actuaba en sus antecesores, un posible desertor sobre el que pesará la acusación de introducirse a debilitar la fuerza combativa *obrera.* Será, sobre todo e irremisiblemente, un hombre de otra clase que ingresa a la fábrica a vivir una vida que tiene posibilidades de abandonar, interina, puramente contingente, lo que lo hará para muchos un diletante espectador de lo ajeno o un *excéntrico* que galguea, sin saberse bien porqué, tras nuevas experiencias.

Y lo que es más triste, es que este entierro romano le llega *justamente* al catolicismo francés cuando el Cardenal **Feltin,** *protector de los* **C. O.** había demandado a Roma, sin duda alentado por el nuevo Pontificado, el restablecimiento pleno de la antigua experiencia. La introducción de Pizzardo lo da a conocer: **la nota *entregada* por Vuestra Eminencia solicita que sacerdotes, elegidos *por su obispo,* bien preparados, sostenidos por una vida sacerdotal y unidos al clero parroquial puedan trabajar en fábricas a *jornada* entera y no solamente tres horas por día.**

Sólo queda *ahora el plazo* de transición a que se refiere el documento. París queda demasiado cerca de Roma como para que los cardenales *franceses* hagan lo que los virreyes con las órdenes del Consejo de *Indias:* **se obedece pero no se cumple.** Hay sin embargo en Francia *quien* piensa que, para la Iglesia, las transiciones suelen ser *definitivas* y que dádivas, o ruegos, o pruebas, ablandan peñas, ***iluminan*** **cerebros,** ablandan corazones.

★ *Abate Pierre, francés en la brecha*

---

(1) Nros. 829, 830 del **7 y 14 de setiembre de 1956.**